



Mateo 10, 37-42

Jesús dijo a sus apóstoles: “El que quiere a su padre o a su madre más que a mí no es digno de mí; el que quiere a su hijo o a su hija más que a mí no es digno de mí; y el que no carga con su cruz y me sigue no es digno de mí. El que encuentre su vida la perderá, y el que pierda su vida por mí la encontrará. El que os recibe a vosotros me recibe a mí, y el que me recibe, recibe al que me ha enviado; el que recibe a un profeta porque es profeta tendrá paga de profeta; y el que recibe a un justo porque es justo tendrá paga de justo. El que dé a beber, aunque no sea más que un vaso de agua fresca, a uno de estos pobrecillos, sólo porque es mi discípulo, no perderá su paga, os lo aseguro”.

GUÍA PARA ACOGER PERSONALMENTE EL EVANGELIO

Mateo 10, 37-42

¿Quién ocupa el centro de mi vida?

1. CENTRAR LA ATENCIÓN

Hacerme presente

Busco un lugar tranquilo. Adopto una postura cómoda y serena.

Tomo conciencia de mi respiración. Sin forzar nada, dejo que el aire entre y salga lentamente.

Voy dejando a un lado las preocupaciones, las prisas y las tareas pendientes.

Me hago consciente de que estoy en presencia de Dios.

Él me mira con amor, conoce mi historia, mis luchas, mis deseos y mis búsquedas más profundas.

Repito lentamente:

"Señor, aquí estoy."

"Quiero escucharte."

"Abre mi corazón a tu Palabra."

Permanezco unos instantes en silencio.

2. ACOGER LA PALABRA

Escuchar con el corazón

Leo despacio Mateo 10, 37-42.

Me detengo en aquellas palabras o expresiones que más llaman mi atención.

Quizá resuenan en mí frases como:

- «El que ama a su padre o a su madre más que a mí...»



- «El que no toma su cruz y me sigue...»
- «El que encuentre su vida la perderá.»
- «El que pierda su vida por mí la encontrará.»
- «Quien os recibe a vosotros me recibe a mí.»

No intento analizar el texto.

Simplemente escucho.

¿Qué palabra parece dirigida hoy especialmente a mí?

La guardo en mi corazón.

3. RECONOCER LOS MOVIMIENTOS INTERIORES

¿Qué despierta en mí este Evangelio?

Me pregunto:

¿Qué siento al escuchar estas palabras de Jesús?

¿Consuelo?

¿Paz?

¿Resistencia?

¿Miedo?

¿Confusión?

¿Deseo de cambiar?

¿Gratitud?

Observo especialmente qué ocurre en mí cuando escucho la pregunta:

¿Quién ocupa realmente el centro de mi vida?

¿Qué ocupa hoy mis pensamientos?

¿Qué determina mis decisiones?

¿Qué me preocupa más?

¿Qué busco proteger a toda costa?

¿Dónde pongo mi seguridad?

¿Hay alguna realidad —persona, proyecto, éxito, comodidad, imagen o posesión— que ocupa el lugar que corresponde a Dios?

Permanezco escuchando sin juzgarme.

Solo reconozco lo que habita en mi interior.

4. DISCERNIR LA LLAMADA

¿A qué me invita el Señor?

Escucho ahora la invitación concreta que Jesús me dirige.

Quizá me llama a:

- Reordenar mis prioridades.
- Confiar más en Dios.
- Vivir con mayor libertad interior.
- Salir de mí mismo para servir.
- Dejar de buscar únicamente mi comodidad.
- Asumir alguna dificultad sin desanimarme.



- Entregar más tiempo a las personas.
- Acoger mejor a quienes llegan a mi vida.
- Descubrir que amar es más importante que poseer.

Me pregunto:

¿Qué paso concreto me invita a dar hoy el Señor?

¿Qué tendría que cambiar para que Dios ocupe verdaderamente el centro de mi vida?

Escucho la respuesta que nace en lo profundo del corazón.

5. RESPONDER AL SEÑOR

Del Evangelio a la vida

Agradezco la luz recibida.

Formulo un compromiso sencillo, concreto y realizable para esta semana.

Quizá:

- Dedicar cada día unos minutos al encuentro con Dios.
- Escuchar con más atención a una persona cercana.
- Renunciar a algo que ocupa demasiado espacio en mi vida.
- Realizar un gesto concreto de servicio.
- Afrontar una dificultad con más confianza y menos queja.
- Ofrecer una palabra de ánimo a quien la necesita.

Termino hablando con Jesús como se habla con un amigo.

Le digo lo que he descubierto, lo que deseo y también aquello que me cuesta.

Oración final

Señor Jesús,

Tú conoces mi corazón

y sabes cuántas cosas intentan ocupar el centro de mi vida.

Concédeme la libertad de ponerte a Ti en primer lugar,

para que todo lo demás encuentre su verdadero lugar.

Enséñame a amar sin poseer,

a servir sin buscar recompensa,

a cargar con mi cruz sin perder la esperanza

y a descubrir que la verdadera vida

se encuentra cuando se entrega.

Amén.